

IV.

VIOLETA Y JACINTA.

Violeta, en su adoracion por Genoveva, quiso obedecerla: se atrevió á morar en el castillo de Pernand, pequeña hacienda de la señora Portien. Ya le habia sido preciso ir dos veces á este castillo abandonado, verdadera soledad ruinoso, por el testamento y la sucesion de su madre.

La primera vez fué á él con la señorita de la Chastaigneraye, como en peregrinacion, balbuceando oraciones por el alma de la desgraciada mujer que, á no dudarlo, no hubiera cometido su crimen, si ella no la hubiese encontrado. La segunda vez fué allí con una jóven de Champauvert á la cual Genoveva protegía.

Era una verdadera música perdida en el campo: hija de un capitan de artilleria que habia muerto en Méjico, vivía de una modesta pensión; pero sobre todo vivía de la generosidad anónima de Genoveva. El domingo tocaban el organo juntas para edificacion del cura y alegría de los aldeanos. Durante la semana, Jacinta,—nombre de una flor, como el de Viole-

ta,—tocaba el arpa y el piano en el castillo con un sentimiento esquisito.

En Pernand, viendo llorar á Violeta ante aquella soledad triste, Jacinta la dijo con esa dulzura de angel que le habia inspirado la señorita de la Chastaigneraye.

—Si quereis, señora, me quedaré aquí con vos.

Violeta cogió su brazo.

—Oh! dijo, doy gracias á Dios porque creia no tener mas que una amiga y veo que tengo dos.

Y despues de esta efusion de dos almas hermanas, prosiguió:

—Oh! si, quedaos. Me salvareis de la muerte y me salvareis de la vida.

Se arreglaron como dos hermanas. Al cabo de unos dias el castillo volvió á recóbrar cierto aire de fiesta á traves de su luto. Las ventanas, casi siempre cerradas, se abrieron de par en par. Jacinta colocó flores en todas partes; mas, por un sentimiento delicado, se olvidó de poner rosas.

A su llegada, Violeta dió diez mil francos á los pobres, diciendo que la señora Portien los habia legado en su testamento. Mas nadie se engañó: harto se sabia que la señora Portien no pensaba en los pobres. Así es, que todo el mundo bendijo á Violeta, sobre todo, cuando se conocieron una tras otra sus buenas obras, que ella se esmeraba en ocultar; la creacion de dos camas para los pobres de Pernand en el hospital de Tonnerre, el donativo de un órgano á la iglesia

y la fundacion de una escuela dirigida por monjas en aquella aldea, donde las niñas eran aun enseñadas juntamente con los niños.

La señorita de la Chastaigneraye fué cierto dia á visitar á Violeta, y sorprendió las dos jóvenes en casa de una pobre mujer que tenia cuatro hijos enfermos.

—Que Dios sea loado! exclamó Genoveva; hareis aquí tanto el bien que no pensareis en marcharos.

—Y vos, mi querida vecina? dijo Violeta besando las manos de Genoveva, mientras que su prima la besaba en la frente.

Jacinta, viendo que la señorita de la Chastaigneraye guardaba silencio, sin disimular cierto sentimiento de tristeza, dijo con emocion:

—Oh! todo el mundo será feliz!

Pero Genoveva, lo mismo que Violeta, no queria recoger para sí estas frases.

Algunos dias despues, Violeta y Jacinta fueron á Champauvert.

Encontraron á Genoveva que estaba rezando en la iglesia, en la misma capilla donde Octavio habia roto el testamento de los cinco millones.

—Rogais por mí, no es cierto? le preguntó Violeta.

—No, dijo la señorita de la Chastaigneraye; ruego por mí.

Violeta pareció sorprendida.

—Por vos! y porque rogais por vos?

Genoveva no contestó; pero se dijo á si misma:

—Ruego porque aunque arroje mi corazon sobre el mármol de este altar, este corazon se subleva y domina constantemente mi corazon.

V.

CONFESION DE GENOVEVA.

Es necesario fechar en esta época, dos cartas de Genoveva y de Violeta á la marquesa de Fontaneilles y á la condesa de Entraygues.

He aquí la carta de Genoveva:

«Mi hermosa Armanda:

»Tú siempre te has burlado de mí por mi caracter romántico. Me encontrarás aun mucho mas fantástica, pues hoy vengo á rogarte que me me busques en Paris un convento donde pueda ocultar mi dolor y mi llanto.

»Si no te hubiese abierto mi corazon, habria ya muerto. A decir verdad no se lo que hago en la tierra; pero me detengo en ella por tu amistad. Eres tan hermosa, que el verte constituye para mí una verdadera alegría: así es, que no quiero entrar en un convento, sin reservarme la libertad de recibirte y de ir á tu casa.

»Me dirás tal vez que no hago nada como la generalidad de las gentes! En efecto: es indispensable vi-

vir de Dios ó del mundo. ¡Qué quieres! aunque soy muy absoluta, me parezco alguna vez á aquella mujer de dos caras que miraba el Paraiso y el Infierno con igual cariño.

»Yo creo que de esto tiene la culpa mi tia Regina. Tú ya conociste su imaginacion romántica. Todos los dias daba á luz un sueño nuevo que, ¡ay! como todos los sueños no duraba mas que un dia.

»Hizo mal en no confiarme á tí durante la infancia. Mas Paris y la vida moderna la inspiraban un horror verdadero; no lanzaba á lo pasado adornando con los colores mas tiernos y mas alegres sus viejos idolos.

»Yo, yo la escuchaba aspirando como todas las doncellas á las cosas de mi tiempo. Tenia miedo de ser ridícula con una inteligencia enturbiada por las viejas ideas. Hé aquí porque alguna vez daba pruebas de audacia como una heroína de novela para probarme á mí misma que no vivia anticuada.

»Tú sabes que siempre he amado á Octavio. No sé desde cuando data esta locura. Cuando yo era muy niña él era ya grande, y cuando se fué á Paris se me llevó el alma. Yo le seguí en la avenida del castillo de Champauvert, donde vino á ver á mi tia Regina; tenia mi muñeca entre las manos y lloraba á lágrima viva; cuando desapareció á lo léjos contemplé á mi muñeca como para comunicarla mi dolor: pero la muñeca reia.— No lloras! grité yo colérica. Y tiré la muñeca por encima de la cerca.

«A partir de aquel día, ni siquiera quise mirar las muñecas en manos de los otros, ni jugué nunca mas con ellas.

»Todos los años esperábamos ver á Octavio. No volvía. Era cómo yo huérfano; pero mientras estábamos aprisionadas en el país natal, él corría por el mundo. Cierta dia, ya lo recordarás, viniste á Champauvert á pasar una temporada con tu madre. ¡Qué alegría esto de tener una amiga! tanto mas cuando tú eres el ideal de las jóvenes doncellas. Yo ví por tus ojos Paris, el mundo de las fiestas, el mundo del espíritu.

»Desgraciadamente tú te casaste y no volviste mas; mi tia, viendo que yo me moría de fastidio, resolvió pasar un invierno en Paris, en aquel pequeño palacio que tú alquilaste para nosotras y que estaba situado cerca el de Octavio.

»Aquí es donde empieza mi novela; pues toda mujer tiene cuando menos su primer capítulo.

»Yo estaba casi loca, sobre todo despues de haber visto mi primo en aquel baile de la Côte con el cual hice mi entrada en el mundo.

»Hoy te lo confieso todo, pues antes me callaba algo.

»Yo me figuraba que para ser amada de Octavio, él, que era amado de todas las mujeres, él, que las amaba á todas, era indispensable herir su inteligencia. Así jamás actriz alguna representó comedia cual la mía. ¡Lo que es no ser parisiense y tener demasia-

da imaginacion! Las jóvenes que viven en las locuras del dia son menos locas de lo que yo lo fui en aquel entonces, por mas que siempre yo hubiese vivido en los límites de la discrecion y la prudencia.

»Tú al llegar á Paris me diste una doncella á la cual no conocias toda vez que era un monstruo de perversidad. Habia pasado por entre los ceros de la Opera; la viruela la habia echado del teatro; pero habia tenido bastante tiempo para conocer á *todos aquellos señores*. Me contó, punto por punto, la vida de mi primo. Yo estaba furiosa y al mismo tiempo hechizada. Cuando mi doncella hablaba yo la imponía silencio; pero si insistía la dejaba continuar. ¿Lo creeriais? ¡Quería odiar á mi primo! pero cuanto más le huía mas le encontraba. Dios, pues, ha establecido ese matrimonio perpétuo entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre el Paraiso y el Infierno.

»Esta doncella habia ido á casa de Octavio con una de sus amigas. Me describió aquel célebre palacio, aquella famosa escalera secreta donde subian tantas curiosas.

»Me propuso llevarme allí. Nunca! exclamé yo. Al siguiente dia esta doncella me mostró la llave, una verdadera alhaja, que le habia confiado su ex-amiga bajo la promesa de que se la pagaría cara. Una hora despues yo hablaba de ella á mi tia. —Qué locura! me dijo esta: puesto que iremos á visitarle subiendo por la escalera principal?—Yo insistí. Mi tia que tenia sus horas de capricho, consintió alegremente en tan

singular escursión en la seguridad de que yo no arriesgaba nada emprendiéndola con ella y aun cumpliéndola sin su compañía.

»Fué aquello para mí como una especie de recreo pues sabíamos que Octavio se hallaba ausente.

»Yo no me detuve en aquella fatal locura. Leonida me divertía con sus cuentos: se consolaba así de su desgracia por haber sufrido la viruela que la había condenado á representar los segundos papeles; mas en estos papeles empleaba gran pasión. Con objeto de afirmarme en mi idea de que el corazón de los hombres se conquista hiriendo su fantasía, mi doncella me citaba los mas singulares ejemplos.

»Yo quería hablarte de todo esto; pero á decir verdad te temía. Todos los dias yo daba un paso mas en tan peligrosa senda. Así en la primer noche de nuestro primer baile de trajes, ¿lo creerás? yo sabia que mi primo se disfrazaría de Fausto. Hé aquí porque yo me disfracé de Margarita. Pero no fué esto todo. Se me ocurrió el irle á sorprender con mi tía á la hora en que iba á salir de su casa. Hé aquí mi plan. Yo debía hacer ruido en su biblioteca, al lado de su cuarto, él acudiría, vería á Margarita, y como yo estaba hermosa con este disfraz, mi primo se habría arrepentido por no querer ver mas pronto á su prima, sin contar en que esta aparición hubiese derramado cierta poesía en nuestra entrevista. Héme, pues aquí, arrastrando á mi tía, envueltas una y otra en grandes mantos negros y veladas como españolas.

»Leonida nos había acompañado hasta la puerta del jardín para asegurarse de que no había nadie en aquel camino tan frecuentado. Yo llevaba una linterna sorda que ocultaba debajo de mi manto.

»Cruzamos el invernadero, subimos por la escalera y llegamos á la biblioteca. Mi tía dió un golpe con su pié; mas Octavio no vino hácia nosotras. Por entre las cortinas, se veía la luz de sus bugías. Me atreví, levanté las cortinas y ví que estaba medio dormido, con la cabeza inclinada sobre un libro. Llevada por no sé qué clase de inspiración, me acerqué á él y mostrándole con la mano la página abierta le dije; *¡Está aquí!* Yo había visto que leía el Fausto. Levantóse y volviéndose hácia mí, repitió sorprendido: *ESTÁ AQUÍ!*

»Yo me alejé caminando hácia atrás, pronta á soltar la carcajada para ocultar mi emoción, pues estaba mas asustada que él de mi propia audacia. Cogió un candelabro para seguirme, mientras yo cruzaba á mi vez la puerta. ¿Cómo se le apagaron las bugías? Lo ignoro: debió ser por su precipitación en seguirme y por el viento que hicieron las cortinas al caerse.

»Yo no había representado bien mi papel, toda vez que no pensaba en retirar de allí mi manto. Me consideré tan ridícula al hacer aquello que no quise ir en su busca y arrastré á mi tía diciéndola que yo no quería ser reconocida.—En fin, dijo mi tía, bajando la escalera, necesario es que las niñas se diviertan!

»Pero no era aquello un juego de niñas. Yo me fi-

guraba haber dado un golpe maestro en la imaginación de Octavio. Me engañaba. Esto no le causó mas que una emoción instantánea, y creyó que aquello era una comedia de alguna actriz dispuesta á todo y que tenia una llave de la puertecita.

»Yo supe luego que habia quedado mucho mas impresionado al verme cruzar con mi tia en la avenida de la Muette. Esto prueba que el corazón no se deja seducir mas que por las cosas sencillas y naturales.

»Y ahora mi querida Armanda, ya sabes lo demás. Margarita encontró á Fausto en el baile y la amó por espacio de cinco minutos. La Dama de Espadas se divirtió con el pasado algun tiempo y amó á la Dama de Espadas. En Dieppe, Octavio, volvió á amarme por otros cinco minutos; pero le aguardaba Violeta. En Champauvert, mi primo ha vuelto á quererme por otros cinco minutos; pero nos hemos separado por cinco millones.

»Hoy, yo me ruborizo por haber querido representar un papel y por haberlo representado tan mal. Hé aquí por qué no he conservado tu doncella; esta jóven loca era para mí lo que el diablo. Si la hubiera escuchado, todo Paris estaria hablando de mí.

»He tenido otros momentos románticos. En Champauvert quise representar otra comedia. La señora de Moncenac—vestida con mi traje blanco—se ha paseado por dos veces bajo las ventanas del cuarto donde dormia Octavio, y yo, envuelta en un manto ne-

gro, iba á su encuentro como un amante de la Opera.

»Quería darle celos. Qué juego de niños! No hace mucho tiempo quise hablar á Octavio por la voz del milagro ó de lo desconocido. Me dejaba por la tarde para ir á dormir á Parisis. Al llegar al viejo castillo encontró un volumen del Fausto abierto, con estas palabras ESTÁ AQUÍ escritas en lápiz rojo al márgen de estas dos líneas:

«El sentimiento lo es todo: lo demás solo es humo que nos empaña el brillo de los cielos.»

»La tristeza se ha apoderado de mi alma. Mi pobre tia Regina ha muerto. Olí un ramillete de rosas y estaba emponzoñado. Amo á Octavio, y él ama á Violeta! Ya ves, pues, que mi único sosten consiste en Dios.

»Si tu supieras cuan triste se ha puesto Champauvert! Todo lo que antes reia, ahora llora. Apresúrate á encontrarme un refugio en Paris; si permaneciese aquí ocho dias mas, me quedaria para siempre; pero al lado de mi tia Regina.

»Todo lo he dispuesto para mi marcha; hoy iré á despedirme de la Roche-l'Epine, de la tumba de mi padre y de mi madre.

»Hasta muy pronto. Te beso y te amo. Escíbeme en seguida.

»GENOVEVA DE LA CHASTAIGNERAYE.»

«P. D.—No te hablo de Violeta. Ya te he escrito

la historia de este proceso. Violeta se halla tan triste como yo. Hay dias en que la amo y hay dias en que la odio. Ella es quien me ha arrebatado la dicha. Pobre jóven! Ella no es culpable. Si tú supieras como trata de redimir su falta! Representa un hermoso papel en Pernand. Al verla, nadie creeria que fué una jóven á la moda entre las mujeres perdidas. Desde que ha vuelto á recobrar su actitud y su espresion, es un ángel de dulzura; pero tambien es un ángel de belleza: es posible que sea la hija de aquella desgraciada mujer?

»Me olvidaba decirte que si me refugio en el convento es tambien por su causa. Aunque me trates de loca he de decirte que Octavió se casará con Violeta, luego que yo haya desaparecido del mundo. Ella le ama y él ama á ella.

»Y aunque no la amase, podria yo casarme con Octavio al ver el llanto de esa pobre niña que se perdió por él?»

La señora de Fontaneilles respondió con estas cuatro líneas:

«Tú estás casi loca: nunca, mi querida soñadora, verás el mundo tal cual es. No se toma por mujer á la querida, cuando se trata de un hombre como el duque de Parisi y de una mujer como Violeta. Ya te lo he dicho en otra ocasion. Lo mismo dá: como en la soledad de Champauvert te volverias loca, te he bus-

3108

cado una celda bien amueblada con ventanas sobre un parque, á cinco minutos de mi casa.

»Pobre corazon enfermo! es necesario curarte. Dios será tu médico.

»Beso tus hermosos ojos negros y tus rúbios y adorables cabellos.

»ARMANDA DE FONTANEILLES.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO LEON
"ALFONSO DE VEGA"
Apto. 1425 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XLII

VI.

· DONDE SE DEMUESTRA QUE LAS MUJERES NO
SE CONSUELAN.

Hé aquí la carta de Violeta á la señora de Entraygues:

«Me habeis escrito cartas tan tiernas en mi cárcel que yo quisiera llorar en vuestros brazos y llorar por mucho tiempo. Ay! al dejar la cárcel de Auxerre he entrado en otra: la cárcel del remordimiento y del arrepentimiento, de la cual no saldré jamás. Soy muy desgraciada. A fuerza de alegría parece que se olvida todo; pero hágase lo que se quiera, el corazón está triste.

»Dios es bueno, sin embargo, pues al condenarme á tantas lágrimas me ha dado dos amigas: vos, mi querida Aliza, y la señorita de la Chastaigneraye, que se digna descender hasta mí para llamarme su prima. Oh! cuán hermosa es la virtud! Siento la adoración cuando veo á Genoveva.

»He pasado algunos días en el castillo de Champauvert. Cediendo á los ruegos de la señorita de la

Chastaigneraye he concluido por venir á morar en el castillito de Pernand, desde el cual os escribo. Es muy triste el morir; pero, sin embargo, estoy en mi casa y creo que me hareis una visita.

»Ved lo que es la ingratitud: tengo otra amiga de la cual me olvidaba hablaros. Se llama Jacinta y es una jóven del país, que me concede su eterna sonrisa. Quiero dotarla y casarla bien; pero no en seguida, porque tengo horror á la soledad.

»Tendré aquí que terminar mis días si tengo valor para vivir? El señor de Parisis os habrá dicho que soy rica por la voluntad de Genoveva. No necesito deciros que he devuelto los cien mil francos al príncipe: hacia ya mucho tiempo que le habia devuelto las joyas. Creí que el príncipe daría todo esto á los pobres; mas ha preferido darlo á una bailarina.

«Tambien yo tengo mi voluntad: quiero que el señor de Parisis se case con Genoveva. Me parece que una vez esté casado, se encontrará mas léjos de mi corazón. Oh! Aliza: si supierais cuanto le amo!

»Escribidme ó venid á verme.

»VIOLETA MARTY DE PERNAND-PARISIS.»

Violeta firmaba con el apellido de sus dos madres. La señora de Entraygues le contestó en esta forma:

«Sí, mi querida Violeta, iré á veros, porque deseo reir, y esto me hará un gran bien. Todo es triste en

el amor. Y sin embargo, es lo mejor que existe, cuando es el amor del corazón.

»Ya que sois rica, mandadme veinte mil francos. Mi ex-marido me ha hecho reñir con toda mi familia, porque se ha encontrado sin dinero, pues ya sabeis que lo jugó todo.

»Ya comprendereis, mi querida Violeta, que yo he aceptado todos los clamores de la opinion pública; pero no podria resistir el que se dijera que vivo de mis locuras. Podré ser una mujer estraviada; pero no una cortesana.

«Soy cual vos: no podré consolarme: Por mas que se diga que la curiosidad lo consuela todo, cuanto mas busco, menos encuentro.

»Veo con frecuencia á una de vuestras amigas de otro tiempo; á Rebecca, á la cual llaman la Hija de la Biblia. Es una mala cómica; pero ahora está en moda. Ayer estaba en las carreras con un coche irreprochable. Y su amante? preguntareis. Su amante se llama el señor Todo-el-Mundo. Creo que el señor de Parisis le ha dado tambien una llavecita; pero ni es la de su gabeta ni la de su corazón; ya lo sabeis.

»Os besó en vuestras hermosas cejas negras y en vuestros hermosos ojos azules.

»ALIZA.»

VII.

POR QUÉ CLOTILDE MURIÓ VIRGEN.

Entretanto el señor de Parisis habia sabido con verdadera alegría que la inocencia de Violeta habia triunfado. Quizá hubiese ido á Auxerre para encargarse de Violeta si no hubiese temido encontrar la señorita de la Chastaigneraye. Y fuera de esto: quién sabe si hubiese admitido aquel compañero de viage en aquellos dias en que solo hablaba de refugiarse en Dios? Prefirió, segun su costumbre, dejar pasar las cosas, en la persuasion de que su mano era harto desgraciada para tocar el destino de los otros.

De otro lado, se prometia ir en breve á Champauvert bajo el pretexto de emprender en Parisis ciertos trabajos.

Pero el jóven no dominaba su existencia aventurera: el torrente siempre le arrastraba porque no tenia bastante valor para seguir su corazón.

El duque de Parisis traia la alegría, y dejaba el luto en todas partes: prendaba á todo el mundo porque era encantador, porque fingia la pasion cuando apenas se sentia enamorado, porque entreabria no sé

que perspectiva de oro y de púrpura. Su amigo Saint Aymour le llevó un día á una partida de caza en Piccardia, en el castillo de Montreuil. Fué muy solicitado por los castillos vecinos: todo el mundo queria alojarlo como un príncipe: no solamente le ofrecian la casa, sino el corazon. En el país hubo una especie de revolucion, tanto mas notable cuanto en aquella comarca lo que mas se aprecia es el dinero.

Octavio fué conducido al castillo de Beaufort, á casa de la duquesa de Fleury, de la familia del Rey de los Mercados. Habia allí una jóven, hija de la duquesa, una adorable criatura, pálida, rubia, entregada á Dios por completo, y que nada sabia del mundo, porque no leia mas que el Evangelio.

La primera vez que la señorita Clotilde de Beaufort vió á Octavio, fué en una comida, en una verdadera comida, por el estilo de las que antiguamente se daban en los castillos; duró cuatro horas, es decir, el tiempo que se emplea en representar dos tragedias en el Teatro Francés, el que se necesita para comenzar y terminar una aventura de amor en el Bosque de Bolonia, el suficiente para jugar y perder una fortuna en la calle Real.

Octavio se encontraba al lado de Clotilde. La jóven habia creído hasta entonces que la vida era una obra de paz y de paciencia en el espíritu de Dios, entre un padre y una madre que se aman y de niños que se adoran.

No veia al marido sino como un mito ó como una

nube en el horizonte que empañaba la serenidad del cielo.

Octavio fué para ella una revelacion porque le inspiró el amor con sus ojos magnéticos, su voz de oro y sus cuentos encantadores. Fué como la caída de un rayo.

A las once de la noche, cuando se despidió todo el mundo, Octavio dijo que volveria al día siguiente. El mismo se habia prendido en sus redes. La señorita Clotilde de Beaufort se le aparecia como un dulce pastel digno de ser conquistado. Lo consideraba como un almuerzo.

Al siguiente día, Clotilde no podia separarse de la ventaaa hasta que, por fin, vió cruzar un ginete en la falda de la montaña, á través de los árboles sin hojas. La romántica niña, se figuraba que Parisis traia la dicha en su mano. Parisis le traia la muerte.

Estuvo encantador y usó de todas las elocuencias, así para la madre como para la hija. Clotilde creia que no dejaria ya el castillo; pero como Octavio comprendió que no podria hablar á la hija, sin ver los ojos de la madre, partió para siempre.

Octavio no se obstinaba jamás contra lo imposible. Todo para él habia concluido mientras que para la pobre Clotilde empezaba.

Si quereis seguir detalle por detalle, la historia de una gran señora que murió por haber mirado á Octavio, como Racine murió bajo una mirada de Luis XIV, leed estas cartas del marqués de Saint-Ay-

mour á la duquesa de Campagnac. El jóven marqués estaba enamorado de Clotilde y habia adquirido algun tanto la enfermedad de la pluma.

«Quereis saber, hermosa duquesa, la historia de vuestra ahijada y de mi vecina; voy á contarla porque estoy detenido por ocho dias en medio de mis perros. Por otra parte, me es muy dulce hablar de Clotilde, sobre todo si hablo á vos de ella. Dispensad las faltas del autor.

»Nada tan sencillo como esta historia, y voy á contárosla tambien del modo mas sencillo. Mi imaginacion no hará ningun gasto. Para qué si el recuerdo está fresco y aun palpitante? A qué hacer que hable la cabeza si el corazon habla solo? Escucho mi corazon y escribo.

»Un poeta persa que no sospechaba que algun día caeria bajo mi pluma, dijo: *No mires sino tu estrella!* Esto podria servirme de epigrafe; mas á Dios gracias no quiero epigrafes; Dios me libre de no probar nada. Que es lo que prueba la vida?

»Ya sabeis que Clotilde Fleury vió apenas los esplendores y miserias de las fiestas del mundo. Su infancia se deslizó en el silencio y soledad del castillo de Beaufort. No ha tenido mas que su madre para compañera de sus juegos y sus sueños. Siempre jugó sola. Aun parece que la veo, saltando en los prados, cazar las mariposas, ascender por las mas escarpadas rocas, perderse en los trigos y echar sus flores al viento. Entonces al verla blanca y rosada como una

flor del almendro, al ver su rubia cabellera y sus ojos azules, al ver sus piecitos que danzaban sobre el suelo, su hermosa mano que se hubiera ocultado bajo una hoja de rosa, yo creia que estaba en el mundo de las hadas. Desgraciadamente hoy no creo ya en la existencia de este mundo, ó, mejor dicho, solo creo en las hadas malas.

»Mas, porque este enojoso prólogo, á una historia que nada tiene de alegre? Perdonadme, señora; al escribiros, temo que concluiré demasiado pronto, pues me considero que estoy cerca de vos, y evoco el dulce fantasma de Clotilde!

»Clotilde que no tenia á su disposicion las funciones de la Opera, asistia constantemente á espectáculos mas bellos. Ya presenciaba las mil metamorfosis de las nubes, las soberbias cóleras de las borrascas, las melancolias del sol poniente; ya se perdia entre el misterio de los bosques donde los pájaros cantaban como sus esperanzas, ó las hojas se agitaban como sus sueños. Estos grandes espectáculos de la naturaleza, segun les llaman los filósofos del siglo diez y ocho, preparaban ricas mieses en el corazon de la niña. Los espectáculos ofrecidos por los hombres no producen nada que valga la pena.

»El estudio llegó con los juegos, los libros llegaron con los juguetes. Clotilde penetró con su madre en ese bosque erizado de espinas que se llama Ciencia, casi estuve por decir Error. Era indispensable que probara esta segunda vida que embota la prime-

ra; aprendió algunas verdades inútiles, muchas mentiras por verdades, tanto que se eclipsó muy pronto en ella lo que Dios la había revelado de la vida. Pero afortunadamente su hermosa naturaleza lo resistió todo: á los quince años despreció los libros y los juguetes: acostó su gramática al lado de sus muñecas, su geografía con sus volantes, su historia de Francia con su polichinela; volvió á sus primeros espectáculos, vivió descuidada, siguió la senda mas dulce, haciendo como las abejas que buscan las flores de sus valles.

»La poesia habia llegado á su alma, preparando un lecho de amor. Perdonadme la frase. El amor se anunció muy luego con su brillante cortejo. En una tarde de abril, al ponerse el sol, el amor llamó al corazón de Clotilde. El horizonte estaba adornado con nubes color de púrpura; el fondo del valle parecia bruñido; Clotilde se paseaba en aquel vergel; se paseaba en él embriagada por los ardientes perfumes de la hierba y del follage, languidecida por las misteriosas voluptuosidades de la jóven naturaleza, tristemente absorta en las moribundas quejas de un ruiseñor. El vergel del castillo de Beaufort se estiende hasta la falda de un montecillo, en Margot, donde cruza la carretera de Amiens: Clotilde paseaba su mirada sobre los grandes olmos del camino, cuando de pronto, un hermoso ginete que veia su traje blanco por entre las verdes ramas de aquel vergel, se inclinó con amor y la dirigió un gracioso saludo con la mano.

»En aquel mismo instante su sombra besaba los piés de la doncella. Clotilde vió aquel saludo: se estremeció de alegría y se hundió entre los árboles para ocultar su rubor. No hay que decirlo, señora, que, al mismo tiempo que se ocultaba entre los árboles como Eva nuestra abuela, despues de su primer pecado, la jóven no perdía de vista al ginete. Cuando estuvo segura de que se hallaba lejos, recordó su imagen ya querida, y la paseó temblorosa debajo de aquellos árboles, ya procurando huirla con miedo, ya acariciándola con delicia. Clotilde volvió al castillo, pálida, alegre y triste á un mismo tiempo.

»Lo creeríais? Aquel ginete era mi amigo Parisis. En hablando de amor, Octavio, aparece con su sonrisa burlona.

»Parisis habia querido tentar una aventura. Cazaba en mis tierras, se fastidiaba y queria divertirse. El dia anterior habia comido al lado de Clotilde. La habia dicho que iria á llamar á su puerta. Esperaba hallarla sola. Pero encontró á su madre, una santa mujer, que, al primer golpe, le hizo retroceder en su camino.

»Por la noche, á cada mirada de su madre, Clotilde se ruborizaba, palidecia, cerraba sus ojos para no ver la adorada imagen: pero de nada la servia el cerrar sus ojos.

»Despues de aquella hermosa tarde, sus sueños que revoloteaban de aquí para allí, como mariposas, siguieron á bandadas por el mismo camino, por el

camino del amor; despues de aquella hermosa tarde la jóven atizó con sus virginales manos, el fuego mas puro que ha podido brotar en la tierra.

A todas horas del dia corria en direccion al vergel que se habia convertido en su paraiso terrestre. Ya comprendereis que miraba con frecuencia los olmos de la carretera de Amiens; de fijo que nunca una carretera tuvo para el amor tantos atractivos. Desgraciadamente la niña solo veia pasar en ella, carretas, labradoras que iban á vender sus huevos y soldados que regresaban á sus hogares. Hélo aquí todo. Pasados algunos dias, la jóven comenzó á suspirar; á los quince lloraba, y esto sin embargo, ¡Parisis no iba á secar sus lágrimas! La pobre niña, desconsolada, se figuraba que Octavio estaba siempre huyendo.

»Todo se borra, todo se estingue; la imágen se borró, el fuego se estinguió; el mismo olvido pasó sobre el corazon de Clotilde. «¿Le hé amado?» se preguntó cierta noche. Y se durmió descuidada. Al siguiente dia su madre la participó que ella contaba ya diez y ocho años y que habia llegado el tiempo de casarla. La curiosidad decidió á Clotilde. El matrimonio, la decia su madre, es una cadena de oro que la mujer honesta arrastra con delicia. —Pero y si no amase? se dijo ella asustada. —Oh! si fuese él! mi corazon se volveria á encender muy pronto!

»No era él.

»El hombre que pedia su mano se llamaba Armando de Fleury. Era un hombre de talento, que poseia

cincuenta mil francos de renta. Se hallaba un tanto afeminado por la moda; hé aquí poco mas ó menos su único defecto. Para ciertas mujeres tenia otro mas grave: cogeaba como lord Byron. En la primavera habitaba un castillo perdido entre sus tierras, vecino al de Beaufort. Clotilde tambien le habia visto cruzar ginete en su caballo en el montecillo de Margot; este era su único título para ser amado, toda vez que le recordaba á Parisis.

»Se habia encontrado mas de una vez con Clotilde, la cual le habia dejado un hermoso recuerdo: un recuerdo de poeta mas bien que de amante. La primera vez que pensó casarse, Clotilde pasó á sus ojos, linda, adorable, brillante. Cuando vió que la jóven era hermosa como la mujer soñada,—con sus ricas haciendas en Picardía—se apresuró á ganar todo el tiempo perdido y empezó á quererla con todo su corazon y su cabeza. Hé aquí porqué la señora de Beaufort que hallaba al pretendiente muy de su gusto, habia dicho á su hija que era ya tiempo de casarse.

»Mi historia aun no concluye y veo que sois víctima del fastidio: sentireis haber comenzado; perdonadme, duquesa, y tened un poco de paciencia.

»Como la pobre niña subia todos los dias á la torre del castillo y no veia venir á nadie del lado de Paris—quiero decir de Parisis—concluyó por querer lo que querian su madre y el señor Fleury. Dió su mano. Se metió gran ruido con este enlace: el obispo de Amiens fué á la capilla del castillo para bendecir los

esposos: fué una gran solemnidad que no traía la dicha á Clotilde. Este primer dia de alegría lo fué para ella de melancolía. Pero se apoyaba en la resignación, esta hermosa virtud de las almas grandes. Se lisongeaba de que el sacramento del matrimonio borraria para siempre la imágen de Parisis.

»Pero nada de esto. Parece que la noche de bodas fué casi trágica. Cuando Armando de Fleury se presentó en el cuarto nupcial, la pobre jóven que hasta entonces no habia sido mas que una niña, desplegó una fuerza de voluntad inesperada. La jóven resignada se convirtió en jóven romántica; se cruzó los brazos como una vírgen cristiana y juró morir antes que deshatar su corsé.

»El señor de Fleury creyó que aquello no era mas que un capricho de esposa, el último grito de una virtud que se indigna y la dijo con la cortesía de un hombre perfectamente educado:

—»Y bien, señora, esperaré.

»Y aguardó, y aguardó mas y aguardó siempre. Tan luego como él se dirigia hácia ella con un movimiento de pasión, la jóven se cruzaba de brazos y tomaba las actitudes que desarman á los enamorados.

«Armando de Fleury no era uno de esos hombres resueltos á todo y que triunfan de lo imposible. Era de un alma tímida, mas apropósito para la gracia que para la fuerza: no era hombre de acción sino de súplica.

»Mientras él rogaba á su mujer, su mujer rogaba á Dios.

«Y siempre el recuerdo del señor de Parisis turba el corazón y la cabeza de Clotilde. Bajo el pretesto de que aquello fué una luna de miel—¡qué luna de miel!—el señor de Fleury decidió á su mujer—ó mejor dicho á su novia—á emprender un viage á Paris.

»¡Fatal viage! No se daba un paso sin encontrar á Octavio. En un concierto de la córte estaban sillón por sillón, en una función de la ópera estaban palco por palco. ¡Cuántas veces se encontraron al rededor del Lago! Clotilde se ponía alegre y encantadora. Armando volvía á esperar; mas al llegar la noche la imágen de Octavio arrojaba los esposos á mil leguas uno de otro.

»Cierta noche en un baile, qué sucedió para que Octavio y la señora de Fleury se encontrasen, sin querer, entre el torbellino de un vals, ellos que no habian bailado nunca? Octavio no perdía jamás la ocasión, que yo llamaré de los lábios. En el flujo y reflujo de aquel vaiven, Clotilde se estremeció desde los piés á la cabeza: habia sentido los lábios de Octavio deslizarse en sus cabellos hasta llegar á su oreja. El beso del demonio es el beso de la oreja.

»Esto se hizo tan pronto que el señor de Fleury, no vió en ella mas que fuego. Y realmente, era fuego: Clotilde sintió desde aquel dia una llama viva que la devoraba.

»Al siguiente día volvió al castillo de Beaufort.

»Os pintaré la desesperacion del señor de Fleury? Entonces fué cuando vino á confiarme su dolor. No comprendia nada, no habia arrancado el secreto de Clotilde hasta la locura; á medida que iba resistiendo él se iba apasionando.

»Que os diré? No tengo que hacer un sempiterno estudio psicológico para llegar al desenlace. Vos lo comprendereis desde luego.

«Cierta mañana el señor de Fleury partió á caza en sus sotos reservados: por la tarde se le trajo muerto al castillo. Su muerte se atribuyó á una desgracia. Adivinais esta desgracia? Era la desgracia de la vida y la desgracia del corazon. No pudiendo vencer á su mujer se habia vencido á sí mismo. Yo hubiese matado á mi mujer, ó por mejor decir, hubiera sido mi esposa.

»Creeis que se desesperó Clotilde? Lloró, no por ella, sino por él. Desconsolábase al ver que habia ocasionado tal desgracia, pues no dudó ni un momento de que el señor de Fleury se habia suicidado. Pero dada por completo á la tiranía de su amor, se entregó á él con mas violencia que antes, á semejanza de esas víctimas que se dirigen por sus pasos hácia la hoguera.

»Hoy la señora de Fleury está ofreciendo un triste cuadro: el dolor la ha desfigurado; sus mejillas no volverán ya á florecer; sus lábios están pálidos, como si la muerte le hubiese dado su beso glacial. No tiene

conciencia de ningun sentimiento, escepto el de su propia desgracia. Ayer la ví en el cementerio, pálida, enferma, aviejada: la ví orando, ó mejor dicho, llorando sobre la piedra tumularia del señor de Fleury.

»Mas no llora por su marido, sino por sí misma.

»Ya recordareis que la pobre jóven habia visto cruzar á Octavio en el montecillo de Margot: pues bien, todas las tardes se dirige sola hácia el vergel, como una sombra que atrae un recuerdo querido, y con la mirada vagando sobre los grandes olmos, se pierde en el abismo del pasado y evoca los recuerdos de aquel amor imposible que brilló por espacio de una sola hora en sus diez y seis abriles. Creeríais que aun no desespera de volver á ver á Octavio bajo los grandes olmos? Mas de una vez, por la tarde, cuando la niebla echa un velo sobre la naturaleza, gracias á la mágia de la esperanza y sobre todo del recuerdo, la pobre ciega vé entre las sombras un caballo negro, un ginete que se inclina y ella le tiende su mano y prorrumpen en sollozos.

»Yo quisiera escribir á Parisis, mas nó vendria. Y además, he de decíroslo? Me siento quizá celoso.»

.....

Aquí el relato se hallaba interrumpido. El señor de Saint-Aymour lo continuó algunos dias despues.

.....

«Estoy loco? He hecho una buena obra? Decídmelo, señora, porque yo lo ignoro.

»Hé aquí lo que he hecho: esta tarde la señora de

Fleury se hallaba en el vergel, según su costumbre; á pesar mio yo me he lanzado sobre el caballo que Parisis montaba durante su estancia en mi castillo, y sin pensar en ello—sin darme cuenta de lo que yo pensaba—me he dirigido hácia el montecillo Margot. La naturaleza ya dormía; ofáse á lo léjos el viejo cantar de los pastores y las esquilas de sus rebaños. Antes de llegar á los olmos, el camino se hunde en las rocas, y estas rocas os ocultan tan bien que Clotilde me ha visto aparecer de repente. Yo me he inclinado hácia ella tendiéndola mi mano. La ilusion ha sido grande para aquella pobre alma estraviada; la señora de Fleury me ha abierto sus brazos lanzando un grito; despues la he visto caer sobre la yerba.

»He hecho esto porque amo á Clotilde?

»La señora de Fleury está enferma desde aquella noche; la mujer del jardinero corrió hácia ella al oír aquel grito; se la llevó á su cuarto y se llamó al médico de Farières que pasaba por Beaufort como por milagro. Yo no sé si esto es de mal augurio; pero ha manifestado á la pobre madre de Clotilde que esta se hallaba á dos pasos de la muerte.

»Esta mañana, al llegar yo al castillo, parecia que estaba menos mala; un sol hermosísimo la había llamado á la ventana, desde la que contemplaba, no sin amargura, los ardores y la alegría de la naturaleza. Al acercarme á la señora de Fleury yo estaba impre-

sionado como un estudiante. Me ha dicho con todo su candor que al verme en el montecillo de Margot habia sentido una alegría inesperada, la única que habia experimentado desde mucho tiempo. Aunque estuviese mas pálida que de costumbre, su boca estaba animada por una sonrisa. Dios sabe que sonrisa! Yo, viendo esta sonrisa, me he perdido en mil fantasías y he hablado por los codos; me hallaba, señora, tan léjos de la verdad, que hasta la he dirigido sermones. Ay! tomo al cielo por testigo que yo hablaba sin saber lo que decia! Así dije á la pobre é inconsolable viuda que la voluptuosidad de las lágrimas disgusta á Dios y que es una cobardía esto de dejarse abolir por el dolor. Qué no la dije, Dios mio! También la he hablado de la esperanza; me he atrevido á recordarla los hermosos versos del poeta describiendo las tres primaveras del corazon; concluí por decirla que no amar la vida equivale á no amar á Dios. La señora de Fleury me escuchó con un silencio elocuente: al oír estas frases desapareció su dulce sonrisa y me dijo con dulzura: «Mi juventud ha muerto para siempre: no soy mas que un recuerdo, ó mejor dicho, una sombra.» El médico llegó en aquel instante y me levanté para salir: la jóven me siguió hasta la puerta y murmuró viendo el cielo por una ventana del salon vecino: «Que tiempo tan hermoso hace esta tarde!» Estas frases las he recordado mil veces, ó mejor dicho, han resonado mil veces en el fondo de mi corazon. Es una exclamacion sencilla á

la vista de un cielo puro? Es el ciego deseo de volver á coger una ilusion fatal?

»Por la tarde hacia un tiempo hermosísimo. No sé por qué á la caída del sol, á la hora solemne en que Clotilde persigue la imágen de Parisis, yo me he encontrado, giñete en mi caballo, bajo el negro follaje de los grandes olmos. Iba al descuido sin saber á donde, cuando, de pronto, he vuelto á ver en el vergel solitario á la pobre jóven, que me seguía con ojos llenos de ansiedad. Iba vestida de blanco: era el mismo traje que llevaba cuando vió á Octavio. Como en la otra tarde yo me incliné hácia ella y como en la otra tarde ella me alargó sus brazos, poseida de una especie de delirio. No sabía si era á él ó á mí á quien tendía sus brazos.

»De regreso al castillo, ví á la señora de Fleury que estaba apoyada de codos en una de las ventanas del salon grande. Gracias á la luna, la noche llegaba con lentitud, y Clotilde parecia saborear sus sombras como si fuesen las cercanías de la muerte. Ella aprovechó el instante en que yo hablaba á su madre para alejarse de mí. Porque se alejó? Le gusta verme, pero no de cerca. Desde lejos yo soy la imágen del pasado; de cerca no soy nada.

»Esta tarde me hé paseado con ella en el jardin del castillo. Se ha apoyado en mi brazo con el abandono de una hermana. Cada vez que pasabámos frente á la puertecita del vergel, palidecia y vacilaba; sus miradas volaban no sé donde, pero muy lejos del

mundo. Los grandes olmos del monte, lanzaban hasta nuestros piés sus temblorosas sombras. Me dijo con voz moribunda que la vista de aquellas sombras, reanimaba, como por milagro, sus llamas ya estinguídas, sus flores ya mústias. Al ver como aquellas vagas sombras se agitaban, se imaginaba ver la sombra de Parisis huyendo á lo lejos, como otros ven imágenes queridas en las metamórfosis de las nubes.

»Donde huir esta adorable imágen que me sigue á todas partes? Dentro algunos dias iré á despedirme de la señora Fleury. Adios!—esta palabra me asustaba.—Cada vez que he pronunciado la palabra adios, he visto un sudario!

.....

Al llegar aquí Saint-Aymour volvia á interrumpirse. Escribia dia por dia. He aquí sus últimas páginas.

.....

»La señora de Fleury está en su lecho de muerte. Ayer fui al castillo para despedirme de ella, pues, al fin y al cabo, yo deseaba marcharme. Pero quien realmente se marcha es ella. Morir tan jóven y hermosa! No morirá por mí.

»Al verme ha sonreído; pero de pronto ha separado de mí sus ojos. El médico se ha quedado sorprendido al ver que habia cambiado tanto en un solo dia, pues su recaída tuvo lugar anteayer: no puede comprender un mal, cuyos estragos son tan rápidos. A

mi llegada reinaba en el castillo gran conmocion: yo no he podido estar solo con ella.

»La jóven continuaba vestida de blanco. Por la última vez quizá, ha dejado tendida su cabellera de oro. Se ha puesto hermosa para la muerte. Las mujeres están siempre hermosas para los últimos visitantes. Con que religion he contemplado aquella pura imágen que sonreia al sol, á las flores, á las aves, pero sobre todo á los recuerdos!

»He pasado la noche en el castillo. Yo aguardaba con ánsia. El médico, al cual he encontrado ahora mismo en el vestíbulo, me ha dicho que aun tenia cierta esperanza. Y yo que debo esperar? Oh! Clotilde! Vive, aunque no me ames!

»Todo ha concluido. Se ha vuelto al cielo de don-
habia venido. Clotilde ha muerto esta noche.

»Yo presentia que durante esta tarde pasaria, conforme á su costumbre, una hora contemplando los grandes olmos y he querido, por última vez, recordarle la imágen de la dicha; he querido resucitar en ella esta ilusion que á mí me causa tanto daño y que á ella le agrada tanto. He ido al monte y luego que me he encontrado bajo los olmos, he dirigido una ávida mirada á las ventanas de la señora Fleury. Las ventanas permanecian desiertas. La moribunda se habia arrastrado hasta el vergel. Habia elegido el instante en que su madre dormitaba al pié de su lecho, y, apoyada en su amor, habia llegado hasta de-

bajo de sus queridos manzanos. Así como yo la percibí en el vergel mi cabeza se inclinó en signo de adoracion y mi mano se tendió amorosamente. En aquel momento la ilusion fué mas grande que nunca. No se contentó en abrirme los brazos sino que corrió hacia mí dando gritos de alegria y de dolor. Yo me turbé cual ella: olvidé que yo no era y que no debia ser mas que el fantasma de su amor.

»Me precipité desde el monte, y franqué la cerca y el riachuelo del vergel. La pobre mujer, siempre extraviada, cerró sobre mí sus brazos por tanto tiempo y tan vanamente abiertos. «Eres tú!» dijo con voz vibrante y apoyando sobre mi corazon su cabeza.

»Y yo, perdido, tembloroso, palpitante de emocion la estrechaba en mis brazos con la ternura de los ángeles: yo la miraba y miraba el cielo: creia estar en la otra vida.

»De pronto fijó en mí sus ojos. «No es él!» gritó. Y me rechazó con furor y con cólera. Yo quedé clavado en el suelo, con los brazos abiertos y casi loco. Quiso marcharse; pero vaciló y se desplomó hácia atrás. Intenté socorrerla; pero ella volvió á rechazarme murmurando con voz ahogada: No es él! No es él!

»Murió á las once de la noche.

»Yo era la realidad y ella no buscaba mas que la ilusion.

»Si veis á Parisis no le digais nada; se reiria de mí y se reiria de la difunta!»